



Te dió amor de sus alas blandas plumas,
y oro de sus cabellos dió a tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color o sangre divina
de la deidad que dieron las espumas.

Y tan necesarias sois, oh flores, que donde no existís se os crea: pues las mismas manos que aniquilándoos, deshaciéndoos una tras otra muchas veces, llegan a saber el secreto de vuestra vida, la sencillez de vuestro cuerpo, lo delicado de vuestra alma, esas.... copiando servilmente la policromía de vuestras lindas corolas, la gentileza de vuestros gráciles tallos, el perfume de vuestros desnudos senos, os vuelven a una vida artificial como el cartón, papel o vil trapo que os

dan por alma. ¡Raquíto engendro incapaz de resistir vuestra comparación!

Y así dialogaba nuestra mujercita, creyéndose sola en la compañía de aquellas flores que, presas en sus niveas manos le decían: Somos sí la esencia de la vida y por eso duramos tan poco. Coronamos la frente del héroe, del poeta, de la virgen que se desposa, del hermano que se vá.... Vivimos para vosotros: a penas si vivimos y eso rodeadas de espinas.

La glacial indiferencia y el ardor de voraces pasiones presto nos aniquilan. Concebidas al beso misterioso de las moléculas somos harto delicadas; siendo esa naturaleza sutil que poseemos la que nos hace las eternas víctimas, y la que os lleva a amarnos. Pero acaso no sepáis hacerlo: acaso no nos queráis como merecemos y